

por honralle, de buena voluntad. Todas estas honras y favores, que Diego Velazquez dió y hizo á Cortés, se le tornaron en daño y perdición á él por el desagradecimiento de Cortés. Dióse buena priesa Cortés, poniendo diligencia en que los indios que le había repartido Diego Velazquez, le sacasen mucha cantidad de oro, que era el hipo de todos, y así, le sacaron dos ó tres mil pesos de oro, que para en aquellos tiempos era gran riqueza; los que por sacarle el oro murieron. Dios habrá tenido mejor cuenta que yo. Porque dije que tenía mujer, así fué, que en el tiempo de sus desfavores Cortés se casó con una doncella, (aunque Gomara parece decir que primero la hobo), hermana de un Juan Suarez, natural de Granada, que allí habían pasado con su madre, gente pobre, y parece que le debía de haber prometido que se casaría con ella y despues lo rehúsaba. Y dice Gomara, que porque no quería casarse y cumplir la palabra, estuvo Diego Velazquez mal con él, y no era fuera de razon ni de justicia, pues era Gobernador, y aunque no lo fuera. Así que casóse al cabo, no más rico que su mujer; y en aquellos dias de su pobreza, humildad y bajo estado, le oí decir, y estando conmigo me lo dijo, que estaba tan contento con ella como si fuera hija de una Duquesa.

## CAPITULO XXVIII.

\* Llega al puerto de Xagua Sebastian de Campo, á quien escribe Velazquez que vaya con los suyos á donde él estaba.—Llega á Baracóa Cristóbal de Cuéllar con su hija Doña María, que iba á casarse con Velazquez.—De cómo Velazquez fué á celebrar sus bodas, dejando por capitán á Juan de Grijalva, y al licenciado Bartolomé de las Casas para que aconsejase como padre al dicho Grijalva.—Celebra Velazquez sus bodas y á los pocos dias queda viudo.—Torna Narvaez de su alcance, y despues comienzan á venir pidiendo perdon los que se habían huido á Camagüey.—De las causas que los obligaron á volver.

Tornando al lugar, provincia y pueblo donde dejamos á Diego Velazquez, despues de algunos dias, por nuevas de indios, supo Diego Velazquez que había llegado un navío, y en él ciertos españoles al puerto de Xagua, que estaba de allí cerca de

200 leguas, por lo cual envió una canoa bien esquivada de indios remadores, con una carta en que les decía que se viniesen á donde él estaba, quien quiera que fuesen. Llegada la carta, bolgóse mucho el Capitán, que era Sebastian de Campo, que fué al que envió el Comendador Mayor á que bojase aquella isla el año de 8, segun que arriba, en el libro II, capítulo 41, dijimos; holgáronse tambien los que con él venían. Este había cargado un navío, suyo ó con otros en compañía, de vino y mantenimientos para vender á los que estaban en el Darien, y despachada su mercadería, tornábase para esta isla, y llegado allí, como sabía aquel puerto y traía muy perdido el navío, dejólo allí, y tres pipas de vino y cuatro españoles que las guardasen, y embarcóse en la canoa con los españoles marineros que traía, que serian 12 ó 15, y vino á donde Diego Velazquez estaba, el cual muy graciosamente recibiólo. Bien pudieran los indios de Xagua matarlo á él y á los suyos, sin que dellos memoria hubiera, pero no lo hicieron, ántes á todos y á los cuatro, tractaron como á hijos. Desde á poco tiempo vinieron á Diego Velazquez nuevas como había llegado al pueblo y puerto de Baracóa, Cristóbal de Cuéllar, Tesorero de aquella isla, y que había sido Contador desta, con su hija, doña María de Cuéllar, que había traído consigo, por doncella suya, doña María de Toledo, mujer del almirante D. Diego; tenía ya concertado con Diego Velazquez, por cartas, de dársela por mujer y él de rescibilla. Este Cristóbal de Cuéllar era hombre muy prudente, cuanto á este mundo, y había servido al príncipe D. Juan de darle la copa cuando había de beber. Mostróse siempre en esta isla y en aquella demasidamente servidor del Rey é celador de su hacienda; y dije demasidamente, porque solía decir que por el servicio del Rey daría dos ó tres tumbos en el infierno. Bien podía ser que lo dijese por gracia, pero gracia era desgraciada y de mal ejemplo para cualquiera cristiano. Mucho debemos á los Reyes, y la Escritura Divina nos mandó que los honorifiquemos, obedezcamos, temamos, sirvamos, y la honra y tributos que se les debe les demos; pero no á tanta costa como es dar por ellos tumbos en el infierno, porque no es otra cosa sino posponer á Dios, menospreciándolo por los Reyes.

Así que, sabida por Diego Velazquez la venida del Tesorero Cristóbal de Cuéllar y su hija, que traía para dársela por mu-

jer, despachóse de allí para ir á celebrar sus bodas, y dejó allí con 50 hombres á Juan de Grijalva, por Capitán, mancebo sin barbas, aunque mancebo de bien. Este era natural de Cuéllar, hidalgo, y tratábase Diego Velazquez como por deudo, quedó por Capitán hasta que Narvaez volviese del alcance que hizo tras la gente de la provincia de Bayámo, que lo habían querido matar, hácia la de Camagüey. Dejó allí con él á un clérigo, llamado el licenciado Bartolomé de las Casas, natural de Sevilla, de los antiguos desta isla Española, y tratábase á quien Diego Velazquez amaba y hacia muchas cosas buenas por su parecer, mayormente por sus sermones cuando predicaba; dejólo como por padre, y quien aconsejase á Juan de Grijalva, el cual siempre obedeció é hizo lo que le aconsejaba, el tiempo que le duró el cargo, que no fué mucho, porque presto volvió Narvaez. Llegó Diego Velazquez á la villa de Baracóa, y un domingo celebró sus bodas con grande regocijo y aparato, y el sábado siguiente se halló viudo, porque se le murió la mujer, y fué la tristeza y luto, más que la alegría había sido, doblada. Pareció que Dios quiso para sí aquella señora, porque dicen que era muy virtuosa, y quiso prevenirla con la intempestiva muerte, por que quizá con el tiempo y prosperidad no se trastornara.

Estando las cosas de Diego Velazquez en este estado, tornó Narvaez de su alcance sin hacer nada, y desde á pocos dias comienzan los que se habían huido, de miedo de los cascabeles de la yegua de Narvaez, á la provincia de Camagüey, á venir llorando, pidiendo perdon de lo que habían contra Narvaez cometido y los cristianos, diciendo que habían sido locos y mal considerados, y que les pesaba mucho dello, y que ellos querían servir á los cristianos; y en esto verlos era lástima. Tenían ya noticia de que allí estaba el Clérigo, que ellos, como sacerdote ó hechicero de los suyos, estimaban, y así lo llamaban Behique, y era y siempre fué dellos, y de los demás, como hombre divino temido y reverenciado. Y cuando los pobres venían, traían unos sartales de sus cuentas, que arriba dejamos dicho ser como muelas podridas, pero dellos por gran riqueza estimadas, y daban un sartal al capitán Narvaez (que ya no lo era Grijalva), y otro al Padre, los cuales los rescibían con alegría, y aseguraban diciéndoles que no tuviesen miedo que ya era aquello pasado, que se fuesen cada uno

á su pueblo, y que ninguno les haría daño. La causa de la vuelta á su provincia y meterse en manos de sus enemigos, los españoles, fué, que los vecinos de la provincia de Camagüey no los pudieron sufrir, como eran mucha gente, para dalles de comer de sus bastimentos; y la razon es, porque aunque todas estas Indias sean abundantísimas de comida, nunca los indios y vecinos de cada provincia tienen, porque no lo procuran tener, más de lo que para sí en sus casas han menester, y aquello tienen y tenían tan cierto, por los ordinarios buenos temporales, que no tienen miedo de que les ha de faltar. De aquí tenía cogido, y dijelo en el Consejo del Rey algunas veces ante personas notables del Consejo de guerra, que los españoles, siendo algun razonable número, no podían estar cercados de indios, por la mayor parte de todas estas Indias, arriba de ocho dias, en fortaleza ó pueblo que aquel tiempo se pudiesen sin daño defender; la razon que yo tenía y tengo y allí dí es, porque cada provincia no tiene más de comer de para sí, é la gente de guerra que tiene, aunque sean muchos, todavía, siendo los españoles en algun número bastan para defenderse de aquellos, y si de otra provincia que esté léjos de aquella, como 20 ó 30 leguas, quisieren venir á ayudarlos, han de traer á costas la comida, cada uno lo que ha de comer, como no tengan bestias para proveerse de sí mismos y de otras de bastimentos, pues esto que se trujese de tan léjos no puede durar cuatro, ó cinco, ó ocho dias, ni en la Provincia donde vienen no lo han de haber; luego, de necesidad, la hambre pura los ha de hacer volver, y así, por consiguiente, los españoles no pueden estar sino muy poco tiempo cercados comunmente, si son en algun número para, entre tanto, sin daño, de que cualquiera provincia se defender. Razon fué que se me admitió y concedió por personas notables, como dije, del Consejo de la guerra. Así que, por causa de que no les comiesen los bastimentos los de la provincia de Bayámo, no los quisieron rescibir los de la de Camagüey, por lo cual, constreñidos los de Bayámo, acordaron de se volver á sus pueblos y casas y á su menester, aunque les pareció que se ponían en peligro de que los españoles podían vengarse dellos; donde se cumplió á la letra, el refrán: "la hambre y el frío fuerzan al hombre meterse por casa de su enemigo". Puesto que faltaba en aquellos, que venían á sus propias casas y no á las de sus enemigos.

## CAPITULO XXIX.

Manda Velazquez á Narvaéz que vaya á la provincia de Camagüey, en cuya expedición le acompaña las Casas.—Llegan á la provincia de Cueyba.—De la gran devoción que el Cacique de aquella provincia tenía á la imagen que Hojeda le dejó, huyéndose por no trocarla.—De las disposiciones tomadas en favor de los indios por consejo de las Casas, quien cobró entre ellos mucha estima y crédito.—Llegan al pueblo del Caonáo en la provincia de Camagüey.—De la espantosa matanza que sin motivo ni pretexto ejecutaron los españoles en el Caonáo, sin que las Casas pudiera impedirlo.

Restituida la dicha provincia del Bayámo en sus naturales vecinos, y estando seguros en sus casas, aunque no mucho la quietud y seguridad y aun la vida le duró, avisado de todo Diego Velazquez envió á mandar á Pánfilo de Narvaéz, que con la gente que había ido tras los huidos, y con los que él había dejado con Grijalva, que todos serian cien hombres, fuese á la provincia de Camagüey, y por la isla adelante, asegurándolas, que fuese aquel padre clérigo Bartolomé de las Casas con él, y creo que le escribió á él que lo hiciese. Llegaron á la provincia ó pueblo de Cueyba, que estaba en el camino, antes de Camagüey, 30 leguas del Bayámo, donde Alonso de Hojeda y los que con él padecieron aquellos grandes trabajos de la ciénaga, hobo aportado y salvádose, y donde Hojeda dejó la imagen de Nuestra Señora, muy devota, como se refirió en el libro precedente, cap. 60; y porque los españoles que habían visto la imagen dicha, porque iban allí algunos de los que con Hojeda en la ciénaga se habían hallado, y los que habían con el susodicho alcance de la gente del Bayámo, loaban mucho la imagen al dicho Padre, y él llevaba otra de Flandes, tambien devota, pero no tanto, pensó en trocalle con voluntad del Cacique ó señor del pueblo. Despues de muy buen rescibimiento que los indios hicieron á los españoles, y ofrecida mucha comida, y los niños bautizados, que era lo primero que trabajaba hacerse, y todos aposentados, comenzó á tractar el Padre con el Cacique, que trocasen las imágenes; el Cacique luego se paró mustio y disimuló cuanto mejor pudo, y viniendo la noche, toma su imagen y váse á los montes con ella, y á otros pueblos distantes. Otro día, que

82-II. 107

riendo el Padre decir misa en la iglesia, que tenían los indios muy adornada con cosas hechas de algodón, y un altar donde tenían la imagen, enviando á llamar al Cacique para que oyese la misa, respondieron los indios que su señor se había ido y llevado la imagen por miedo que no se la tomase el Padre; harto pesar rescibió el Padre y todos los españoles, temiendo que la gente que hallaron quieta y pacífica no se alborotase, y aun dudando no quisiesen quizá hacer, á los españoles y al Padre, guerra por defension de su imagen; proveyó el Padre que fuesen mensajeros al Cacique, significándole y certificándole que no quería su imagen, antes le daría la que traía graciosamente y de valde; como quiera que ello fué, nunca quiso parecer el Cacique, hasta que los españoles se fueron, por la seguridad de su imagen. Era maravilla la devoción que todos tenían, el señor y súbditos, con Sancta María y su imagen. Tenian compuestas como coplas sus motetes y cosas en loor de Nuestra Señora, que en sus bailes y danzas, que llamaban areitos, cantaban, dulces, á los oídos bien sonantes; finalmente, lo mejor que se pudo hacer, dejados los indios contentos y pacíficos como los hallaron, se partieron los españoles para ir adelante.

Entraron en la provincia de Camagüey, que es grande y de mucha vecindad de gente, que estaria de la de Cueyba 20 leguas ó más, los vecinos de la cual, en los pueblos donde llegaron los españoles, tenían de la comida, pan cazabí, é de la caza que llamaban guaminiquinajes, aparejado segun ellos podian, y pescado tambien, si lo alcanzaban. El clérigo Casas, luego, en llegando al pueblo, hacia juntar á todos los niños chiquitos, y tomaba dos ó tres españoles que le ayudasen, con algunos indios desta isla Española, ladinos, que consigo llevaba y alguno que había criado, bautizaba los niños que en el pueblo se hallaban. Así hizo en toda la isla de allí adelante, y fueron muchos á los que Dios proveyó de su Sancto bautismo, porque los tenía para su gloria predestinados, y proveyólo al tiempo que convenia, porque ninguno ó casi ninguno de aquellos niños quedó vivo desde á pocos meses, como abajo será, Dios queriendo, declarado. Y porque los españoles llegando al pueblo, hallando los indios en sus casas pacíficos, no cesaban de les hacer agravios y escandalizallos, tomándoles esa laceria que tenían, no contentándose con lo que de su

voluntad los indios daban, y algunos, pasando más adelante, andaban tras las mujeres y las hijas, porque ésta es y ha sido siempre la ordinaria y comun costumbre de los españoles en estas Indias, ordenó el capitán Narvaéz, por persuasión del dicho Padre, que despues que el dicho Padre hobiese apartado todos los vecinos del pueblo á la mitad de las casas dél, dejando la otra mitad vacía para el aposento de los españoles, ninguno fuese osado de ir á la parte del pueblo, donde los indios estaban recogidos y allegados; para lo cual se iba delante con tres ó cuatro hombres el Padre, y, llegado al pueblo, cuando la gente llegaba ya tenía los indios á una parte del pueblo recogidos, y la otra parte desembarazada. Por esta vía, y porque vian los indios que el Padre hacia por ellos defendiéndolos y halagándolos, y tambien bautizando los niños, en lo cual les parecia que tenía mas imperio y auctoridad que los demas, cobró mucha estima y crédito en toda la isla para con los indios, allende que, como á sus sacerdotes ó hechiceros, ó profetas, ó médicos, que todo era uno, lo reverenciaban; por este crédito y auctoridad que había entre ellos cobrado no era menester ir delante, sino enviar un indio con un papel viejo, puesto en una vara, enviándoles á decir con el mensajero que aquellas cartas decian ésto y ésto, conviene á saber, que estuviesen todos quietos y ninguno se absentase porque no se les haria mal ni daño, y que tuviesen de comer aparejado para los cristianos, y los niños para bautizar, ó que se recogiesen á una parte del pueblo, y todo lo que parecia envialles á avisar, y que si nó lo hacian, que se enojaria el Padre, y ésta era la mayor amenaza que les podia enviar. Ellos lo hacian todo de muy buena voluntad, segun su posibilidad, y era grande la reverencia y temor que tenían á las cartas, porque vian que por ellas se sabia lo que se hacia en otras partes absentes; parecíanles más que milagro, y así mucho dellas se maravillaban.

Pasaron así algunos pueblos de aquella provincia por el camino que llevaban, y porque la gente de los pueblos que estaban á los lados del camino, curiosa de ver gente tan nueva, y en especial por tres ó cuatro yeguas que allí se llevaban, de que la tierra estaba espantada, y las nuevas dellas por toda la isla volaban, llegaron muchos á verlas en un pueblo grande llamado el Caonáo, la penúltima luenga, y el día

que los españoles llegaron al pueblo, en la mañana paráronse á almorzar en un arroyo seco, aunque algunos charquillos tenía de agua, el cual estaba lleno de piedras amoladeras, y antojóseles á todos de afilar en ellas sus espadas; y acabado su almuerzo, danse á andar su camino del Caonáo. En el camino había dos ó tres leguas de un llano sin agua, donde se vieron de sed en algun trabajo, y allí trujeron algunos indios de los pueblos algunas calabazas con agua y algunas cosas de comer. Llegaron al pueblo Caonáo á hora de visperas, donde se halló mucha gente que tenían aparejada mucha comida del pan cazabí é de mucho pescado, porque tenían junto un gran rio y tambien cerca la mar. Estaban en una plazuela, obra de 2,000 indios todos sentados en cecillitas, porque así lo tienen todos de costumbre, mirando las yeguas pasmados. Había junto un gran bohío ó casa grande, donde estaban mas de otros 500 indios metidos, amedrentados, que no osaban salir; é cuando algunos de los indios domésticos que los españoles por sirvientes llevaban (que eran mas de 1,000 ánimas, porque siempre andan desta manera y con grande compañía, y otros muchos que traian de mas de 50 leguas, y otros de los mismos de Cuba naturales), si querian entrar en la casa grande, tenían aparejadas allí gallinas, y decíanles: "toma, no entres acá," porque ya sabian que los indios que servian á los españoles, no suelen hacer otras obras sino las de sus amos.

Habia costumbre entre los españoles, que uno que el Capitan señalaba tuviese cargo de repartir la comida y otras cosas que los indios daban á cada uno de los españoles, segun era su parte, y estando así el Capitan en su yegua, y los demas en las sayas á caballo, y el mismo Padre mirando cómo se repartía el pan y pescado, súbitamente sacó un español su espada, en quien se creyó que se le revistió el diablo, y luego todos ciento sus espadas, y comienzan á desbarrigar y acuchillar y matar de aquellas ovejas y corderos, hombres y mujeres, niños y viejos, que estaban sentados, descuidados, mirando las yeguas y los españoles, pasmados, y dentro de dos credos no queda hombre vivo de todos cuantos allí estaban. Entran en la gran casa, que junto estaba, porque á la puerta della ésto pasaba, y comienzan lo mismo á matar á cuchilladas cuantos allí hallaron, que iba el arroyo, de sangre, co-

mo si hubieran matado muchas vacas; algunos de los indios que allí pudieron darse priesa, subieron por las varas y el enmaderamiento de la casa en lo alto y así escaparon. El clérigo se había, un poco antes desta matanza, apartado de donde se hizo á otra plazuela del pueblo, junto allí, donde lo habían aposentado, y era una casa grande, en que tambien se habían de aposentar todos, y allí estaban obra de 40 indios de los que habían traído las cargas de los españoles de las provincias de atras, tendidos en el suelo descansando; y acaeció estar con el Clérigo cinco españoles, los cuales, como oyeron los golpes de las espadas y que mataban, sin ver nada, porque había ciertas casas delante, echan mano á las espadas y van á matar los 40 indios que, de sus cargas y hatos venían molidos y descansaban, para les pagar el corretaje. El Clérigo, movido á ira, vá contra ellos reprendiéndolos ásperamente á estorbarlos, y ellos que le tenían alguna reverencia cesaron de lo que iban á hacer, y así quedaron vivos los 40, y vâense á matar los cinco á donde los otros mataban; y como el Clérigo se detuvo en estorbar la muerte á los 40 que habían venido cargados, cuando fué, halló hechas una parva de muertos que habían hecho en ellos, que era cosa, cierto, de espanto. Como lo vido Narvaez, el Capitan, díjole: "¿qué parece á vuestra merced estos españoles, que han hecho?" Respondió el Clérigo, viendo ante sí tantos hechos pedazos, de caso tan cruel muy turbado: "que os ofrezco á vos y á al diablo." Estaba el desventurado Narvaez siempre viendo hacer la matanza, sin decir, ni hacer, ni moverse mas que si fuera un mármol, porque si él quisiera, estando á caballo, y una lanza en las manos, como estaba, pudiera estorbar los españoles que diez personas no mataran. Entonces dejólo el Clérigo, y andaba de aquí para allí, por unas arboledas, buscando españoles, que no matasen, porque andaban por las arboledas buscando á quien matar, y á chico, niño, ni á mujer, ni viejo perdonaban; y más hicieron, que se fueron ciertos españoles al camino del río, que estaba junto, y todos los indios que se escapaban con heridas y cuchilladas y estocadas, que podían huir, para irse á echar al río por salvarse, hallaban á aquellos que los acahaban. Acaeció más otra crueldad, no digna de ser llamada, para que se vea las obras de nuestros cristianos en estas partes: que entrando el Clérigo en la casa grande,

donde dije que estarian obra de 500 ánimas, ó las que había, que eran muchas, y muertos los que en ella estaban, espantado, y los que por las varas arriba ó enmaderamiento que habían escapado, díjoles: "no más, no más, no hayais miedo, no habrá más, no habrá más."

Con esta seguridad, creyendo que así fuera, descendió un indio, harto bien dispuesto, mancebo de 25 ó 30 años, llorando, y como el Clérigo no traía reposo, por ir á todas partes á estorbar que no matasen, salióse luego de la casa; y así como el mancebo descendió, un español que allí estaba, sacó un alfanje, ó media espada, y dale una cuchillada por los hijares que le echa las tripas de fuera, como si no hiciera nada. El indio, triste, toma sus tripas en las manos, y sale huyendo de la casa; topa con el Clérigo y cognosciólo, y dicele allí algunas cosas de la fe, segun que el tiempo y angustia lugar daba, mostrándole que si quería ser bautizado, iría al cielo á vivir con Dios; el triste, llorando y haciendo sentimiento como si ardiera en unas llamas, dijo que sí, é con esto le bautizó, cayendo muerto en el suelo, remitiendo lo demás á la misericordia de aquel que lo había criado, y via la injusticia con que aquel y los demás eran tan cruelmente lastimados. Váse luego á la casa el Clérigo y halló al infelice hombre que lo había destripado, y con grande impaciencia y turbacion, poco ménos hizo con él que lo que debiera de hacer su desventurado capitan Narvaez, y aquel fué uno de los flecheros que trujo consigo Narvaez, que en Jamaica se debía de haber en estas obras ejercitado. Ver las heridas que muchos tenían de los muertos, y otros que aun no habían espirado, fué una cosa de grima y espanto, que como el diablo, que los guiaba, les deparó aquellas piedras de amolar, en que afilaron las espadas aquel día de mañana, en el arroyo donde almorzaron, donde quiera que daban el golpe, en aquellos cuerpos desnudos, en cueros y delicados, abrian por medio todo el hombre de una cuchillada.

Entre otros heridos, hobo uno, y aun dijeron que era hermano del Rey é señor de aquella provincia, viejo, bien alto de cuerpo, y que en su aspecto parecia señor, que de una cuchillada que le dieron en el hombro derecho (debiá de acertar en la coyuntura), le derrocaron todo el lado hasta la cinta, de manera que, estando sentado en el suelo, tenía en tierra caído todo el lado, y el asadura y tripas, y cuanto hay en

lo hueco se le parecia, como si estuviera en una escarpia colgado; y fué cosa de mucho notar, el sujeto y complision natural que aquel hombre tuvo, porque siendo herido el sábado, cuando se celebró esta matanza, estuvo hasta otro sábado sentado en tierra, como dije, con su lado caído, sin comer, salvo beber cada momento por la sequedad que causa la sangre, y en este estado, vivo, los españoles que se partieron el siguiente sábado, lo dejaron. Quedó mucha lástima en el Clérigo, por no habello, como á otros muchos, curado con cierta manteca de tortuga, quemádoles las heridas, de que en aquellos ocho días se pudieron curar, y quedaban los que no tenían estocadas cuasi sanos, y aquel no curó por ser la herida tan estraña y mortal; creyóse que si le juntaran todo el lado, cosiéndosele con una aguja grande, ó almarada, segun la complision tan buena que pareció tener, quizá sanara. Finalmente, no se supo más dél, y no parecia ser posible dello escapar. De todo lo dicho yo soy testigo, que lo vido y estuve presente, y deo de decir muchas otras particularidades por abreviar.

## CAPITULO XXX.

De los fútiles pretextos que se asignaron á la matanza del Caonao.—Del espanto que aquel suceso extendió en toda la comarca.—Se sitúan los españoles en una gran roza.—De cómo tornan á sus pueblos muchos indios fiados en el buen tratamiento que les hacía las Casas.

Preguntado fué quién fué el primero que sacó el espada, y por qué se movió á comenzar tan gran estrago, pero encubrióse y disimulóse la persona de quien se sospechó ó se supo; y si fué aquel que se creyó, sépase que hobo despues tan desastrado fin, cuanto muchos otros que semejantes virtudes en estas Indias han obrado. La causa se platicó diciendo, que habían visto indios que se cebaban á ver las yeguas, demás de los que estaban, y que era mala señal que nos querian matar; y porque algunos traían unas alquinaldas de unos pescadillos, y de los que se llaman agujas, puestas en las cabezas, decían, que para darlas con las cabezas y abrazarse luego con los españoles, y con unas cuerdas que algunos traían ceñidas, como suelen, atarlos. Y es verdad,

que ni arco, ni flecha, ni palo, ni cosa que supiese á arma de indios, jamás se vido ni sospechó que trujesen, ni hobiese en casa del pueblo, ni en el monte, sino todos desnudos (como dije), sentados en cocillitas, de la manera de unos corderos, estaban, y de mirar las yeguas, que no se hartaban, pasados; y es tambien verdad, que si sobre 2.000 indios, que allí pareció que había, hobiera otros 10.000, sólo Narvaez, con su yegua, á todos los matara, como pareció en los indios de Bayámo, cuanto más estando con él otros tres ó cuatro á caballo, con sus lanzas y adargas en las manos. La causa no fué otra, sino su costumbre, que siempre tuvieron en esta isla Española, y pasaron á la de Cuba para ejercitarla, de no se hallar sin derramar sangre humana, porque sin duda eran regidos y guiados siempre por el diablo. Sabida esta matanza por toda la provincia, no quedó mancebo ni piente, que, dejados sus pueblos, no se fuese huyendo á la mar, y á meterse en las isletas, que por aquella costa del Sur hay infinitas, que dijimos haberles puesto nombre el Jardín de la Reina, el Almirante; y tanto miedo cayó en ellos, y con tan justa razon, que no sólo esconderse quisieran en las isletas, pero, si pudieran, debajo de las aguas, por huir de gente que con tanta razon juzgaban por crudelísima é más que inhumana.

Salidos los españoles del pueblo, que dejaron tan sangriento, y bañado en sangre humana, llamado el Caonao, asentaron real en una roza grande, donde había mucha de la yuca para hacer el pan cazabi; hechas su choza cada uno, con las personas, hombres y mujeres que llevaban, porque ninguno, ó pocos, traían consigo ménos de ocho ó diez personas, puesto que algunos ménos y otros más, que habían, por grado ó por fuerza, de los pueblos que quedaban atras tomado, enviaba los hombres por la yuca, y ellas hacían el pan, y los hombres tambien traían caza y lo demás. Ya se dijo arriba, que el Padre clérigo llevaba consigo, entre otros, no tomados por fuerza, sino que ellos se venían á él de su voluntad, por el buen tratamiento que les hacía y por el crédito que por la isla había cobrado de que los favorecía, y por estar seguros de los españoles y de sus crueldades, llevaba, digo, consigo, un indio viejo y principal de esta isla Española, persona entre indios cuerda y honrada, y éste tambien era cognoscido por la isla por bueno, y por criado del Padre; al cabo de algunos

días que estaban en aquel monte ó roza los españoles aposentados, vino un indio de hasta veinticinco años, por espía, enviado por las gentes que andaban fuera de sus pueblos; huidas y descarriadas, y vino derecho á la choza donde los indios del Padre clérigo estaban, y habló con el viejo, que se llamaba Camacho, diciendo quería vivir con el Padre, y que tenía otro hermano, muchacho de quince años ó poco más, que se lo traerá también para que le sirviese. Asegurólo muy bien el viejo Camacho, porque lo sabía muy bien hacer, loándole su propósito, y que el Padre era bueno, y holgaria de recibir por sus criados á él y á su hermano, y que allí estarían, con el mismo viejo y los demás, seguros que ninguno les hiciese mal, etc., etc. Viene luego Camacho al Padre, y dále las buenas nuevas, que por entonces se tenían por tales, porque no se deseaba otra cosa más que haber algún indio de los de la tierra, para lo halagar y enviar por mensajero á los demás desterrados, asegurándolos que se viniesen á sus pueblos y que no rescibirían más daño; holgóse mucho el Padre, por el fruto que se esperaba, hace llamar al indio, abrazálo, asegúralo, dícele que lo rescibiría con su hermano, por sus criados, y que les hará y contecera. Pregúntales por la gente demás, dónde está, y si querrá venir á sus pueblos, certificándoles que no se les hará mal ninguno; responde, que sí, é que él traerá los vecinos de un pueblo, que de allí estaba cercano, cuya era la roza donde los españoles estaban aposentados; promete que dentro de ciertos días traerá la gente y á su hermano. Creo que le dió, ó camisa ó algunas cosillas de las que tenía, y el mismo viejo Camacho púsole nombre que se llamase Adrianico, porque tenía en poner nombres, aunque no estuviesen bautizados, gracia; fuése muy contento Adrianico, afirmando que él cumpliría su palabra.

Estuvo allí muchos más días de los que dejó asentados, parece que no pudo allegar la gente que andaba desparcida y apartada, en tanto que ya el Padre de su venida desconfiaba, pero Camacho siempre esperaba; estando, pues, muy descuidado el Padre, una tarde, cerca de noche, viene Adrianico con su hermano, y traen consigo creo, que 180 ánimas, hombres y mujeres como unos corderos, con sus carguillas de sus cosillas y pobreza áuestas, y muchos con sartales de muy buenas mojarras para el Padre y para los cristianos. Verlos, por una parte causaban gozo por venir á po-

blar sus casas, que era lo que por entonces se deseaba, y por otra lástima y compasión grande, considerando su mansedumbre, humildad, su pobreza, su trabajo, su escandaloso destierro, su cansancio, que tan sin razón alguna se les había causado, dejado ya aparte, como olvidado, el estrago y mortandad que en sus padres y hijos, y hermanos, y parientes y vecinos, tan cruelmente se había perpetrado; hobo gran regocijo y alegría en el Real, y especialmente Narvaez y el Padre; mostráronles todas muchas señales de paz y amistad, y enviáronse luego á sus casas vacías, que estaban junto, que las poblasen, empero, Adrianico y su hermano, que parecía un ángel, quedáronse con la familia del Padre, y con el viejo Camacho, que la gobernaba, cuyo regocijo y alegría fué más que de otros grande. Venidos éstos á su pueblo y casas, luego se sonó por la provincia como los cristianos no les hacían ya mal, y que se holgaban, que se tornasen todos á poblar, y así lo hicieron, todo perdido el miedo que con tan urgente causa habían cobrado; pero, ¿para qué fin, si pensais, los españoles, de que se viniesen á poblar, todos se regocijaban, y el Padre clérigo, para qué en traerlos y asegurarlos tanto trabajaba? cierto, no para otro, al cabo, sino para que, poco á poco, en las minas y en los trabajos los matasen, como finalmente los mataron; puesto que aqueste fin no pretendía el Padre, y los españoles no pretendían directamente matarlos, sino servirse dellos como de animales, posponiendo la salud corporal y espiritual de los indios á sus intereses, codicias y ganancias, á lo cual seguirseles la muerte, no era dubitable sino necesario.

CAPITULO XXXI.

Llegan los españoles á Carahate.—Consigue las Casas de los indios que entreguen dos mujeres españolas que tenían cautivas.—De cómo habían quedado estas en poder de los indios.—Llegan los españoles á la provincia de la Habana.—Envía las Casas mensajeros á los indios para que fuesen con toda seguridad á ver á los cristianos.—En esta confianza van algunos á quienes hace prender Narvaez.—A fuerza de ruegos y amenazas consigue las Casas que los ponga en libertad.—Llegan los españoles al pueblo en que estaba un cristiano cautivo, el cual es entregado por el Cacique á Narvaez y á las Casas.—De un pan de cera que hallaron en la costa del Sur.

Aquí ó por aquí túvose nueva de indios que lo dijeron, que en la provincia de la Habana, que distaba de aquella cien leguas ó cerca dellas, que los indios tenían entre sí dos mujeres españolas, y un hombre español cristiano, y porque quizá de miedo no los matasen, no aguardó el Padre á llegar allí, sino proveyó luego indios con papeles viejos, como se dijo, por cartas, enviándoles á decir, que luego, vistas aquellas cartas, le enviasen las mujeres y aquel cristiano, si nó que se enojaría mucho si en hacerlo tardasen. Salieron, pues, de aquellos ranchos los españoles para ir adelante, y llegaron á un pueblo que estaba en la ribera de la mar del Norte, y dentro las casas, sobre horcones en el agua, (pasados otros), llamado Carahate, la penúltima lengua, al cual puso el Padre Casa-charta, porque fué cosa maravillosa la abundancia de comidas de muchas cosas que allí tuvieron; de pan, y caza, y pescado, y sobre todo de papagayos, que, si no me he olvidado, en obra de quince días que allí estuvieron, se comieron más de diez mil papagayos, los más hermosos del mundo, que por alguna manera era lástima matarlos; y éstos tomaban los niños subidos en los árboles, como arriba queda declarado.

Algunas veces, todos los españoles en este camino, desde la provincia de Camagüey, navegaron por la mar en cincuenta y más canoas, ó pocas ménos, que no parecían sino una flota de galeras, las cuales los indios de la tierra de buena gana daban; bien creo que por écharnos de su tierra, porque nunca jamás indios, con tener cerca de sí españoles, ganaron nada, sino muchas injurias, agravios, sobresaltos, é al ménos in-

tolerables importunidades. Así que, estando muy á sabor del vientre, todos en Carahate ó Casa-charta, véese venir una canoa esqui-fada de indios remadores, y viene á desembarcar junto á la posada del Padre que estaba bien dentro del agua, en la cual venían las dos mujeres, desnudas, en cueros, como las parieron sus madres, con ciertas hojas cubiertas sólamente las partes que suele siempre cubrir la honestidad humana; la una era de hasta cuarenta años, y la otra de obra de diez y ocho ó veinte cuando más, vellás, no era ménos que si se vieran nuestros primeros padres Adán y Eva cuando estaban en el Paraíso terrenal. Luego el Padre clérigo pidió á los españoles, lo primero, camisas con que se cubrieran las carnes, y despues, de capas y sayas que dieron, se les hicieron faldillas y mantos, como mejor se pudieron remediar; grande alegría causó su venida en todos por vellás salvas y entre cristianos, y ellas no se hartaban de dar gracias por ello á Nuestro Señor.

No desde á muchos días, tractó el Padre de casallas, y así se casaron ambas con dos hombres de bien, de los que allí andaban, que se concertaron. Contáronnos como los indios habían muerto á ciertos españoles, con quien ellas venían en aquel puerto, que por este caso se llamó, á lo que creo, de Matanzas, el cual es un pedazo de mar, y queriendo pasar los españoles á la otra parte, metiéronse con los indios en ciertas canoas, y en medio del lago anegáronlas; como sabian pocos nadar se ahogaron, y con los remos los ayudaron á salir de esta vida, solas estas dos mujeres, por ser mujeres, conservaron; siete españoles que supieron nadar salieron á tierra nadando, con sus espadas, que nunca desmampararon, y salidos del agua fueron á un pueblo, y el Cacique ó señor dél, díjoles que dejasen las espadas, dejadas, luego de un grande árbol que se llama ceiba, la í lengua; los mandó ahorcar; bien debia de saber cuánto daño solían hacer en los cuerpos desnudos las espadas. Esto luego parecerá, á los que no consideraren las obras de los españoles desta isla Española, y las nuevas que de aquí y de las islas de los Lucayos á aquella pasaron, y lo que acostumbran á hacer de fuerzas y malos tractamientos, áun donde se hallan pocos y los indios muchos, de los cuales quizá algunos de los españoles que de ántes habían venido por allí, experimentaron, que fué grande aquesta inhumanidad y crueldad, y que por tanto, ju-